

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

INCIDENTES TAÚROMAQUICOS EN CEUTA.

Verdaderamente para escribir contra los toros, se necesita un cierto grado de valor y otro cierto grado de tenacidad: los peligros de la impopularidad suelen contener á muchos, porque hay quien no tiembla ante cien adversarios uno á uno afrontados, y se estremece y huye, ante el miedo de perder la general estimación ó de provocar las iras de las masas; así como se comprende que pueda arrostrarse el peligro de un daño material, y no se tenga fortaleza para resistir al mal moral. Mas hay otro valor, que por el contrario cede y se enerva á la proximidad de un riesgo material ó de una fuerza física, y se acrecienta y exaspera hasta lo increíble, cuando le acometen y prueban males morales y amenazas de descrédito y desprestigio populares.

No entraremos á comparar estas varias formas de valor, ni á establecer cual pueda ser la preferible; pero sí consignaremos, que para hacer en España propaganda anti-taurómaca, requiérese ese valor que teme herir á la persona y se atreve, y hasta se complace, en lastimar á la sociedad; ese valor, que se avergonzaría de proceder por la violencia contra el individuo, y se gloria y ufana con atacar ruda y tenazmente á la idea. Y es que aquí se aplica el tierno aforismo de *odia el delito y compadece al delincuente*; y transplantándole á nuestro terreno, se respeta y se perdona el extravío de cada cual, y se repugna y aborrece la barbarie y la obcecación del grupo; se *odia la tauromaquia* y se *compadece al taurómaco*.

Con este sistema, que armoniza la más escrupulosa consideración para con el hombre, chico ó grande, débil ó poderoso, ru-

Diciembre 15, 1877.—Tomo IV.—Núm. 9

do ó civilizado, con la más franca y decidida oposicion á todo error y á toda ignominia social, sean patrimonio del pueblo ó de la aristocracia, osténtense en los aturdidos jóvenes ó en las vanidosas señoritas y patrocínense por la imprudencia de una ciega paternidad, ó por el indiferentismo de unas leyes torpes é incompletas, con este sistema, decimos, estamos seguros de defender los fueros de la civilizacion y de la moralidad, que valen mas que el capricho individual, las conveniencias de algunas clases, y hasta los hábitos mas gratos para el comun de las gentes.

Con este sistema, que además del valor, reclama la tenacidad, háse conseguido la formacion de un partido anti-taurómaco, que cada dia acrece á favor de los que se atreven á formular en alto los juicios que ántes tenian ocultos, de los que despiertan del sopor de sus aberraciones, de los que por nuevas reflexiones llegan al convencimiento de que estaban equivocados y de cuantos permanecian indiferentes por falta de meditacion, ó eran aficionados al toreo por costumbre inconsciente ó aturdimiento de espíritu.

Esa tenacidad, que algunos juzgarán terca, ha levantado un incesante clamoreo por todas partes; y aunque esto ha despertado la enconada saña de algunos y el ardimiento delirante de otros, ni la lucha entablada puede dañar la justicia de la causa, ni puede servir para otra cosa que para retardar el triunfo, haciéndole sin embargo más seguro. Por lo demás, frecuentes voces se levantan condenando el espectáculo nacional y pidiendo su abolicion; en el periodismo, en las asociaciones científicas, en los libros y folletos, en las sociedades económicas, en las juntas de agricultura, industria y comercio, en los establecimientos de enseñanza y hasta en la tribuna parlamentaria, se han fulminado anatemas contra esta vergüenza de nuestras costumbres y esta mancha de nuestra historia.

La SOCIEDAD PROTECTORA gaditana tiene la honra de haber enarbolado la primera la santa bandera del decoro nacional, en esta cruzada de la cultura contra la crueldad y del progreso moral contra el tradicionalismo vergonzoso: ella marcha en la vanguardia de la hueste civilizadora y está obligada á explorar cuanto en este punto ocurre en los pueblos y á disparar los primeros tiros contra los mantenedores del tauromaquismo, ese tirano del corazon del hombre y de la vida animal juntamente, doble verdugo de la humanidad y de la naturaleza.

A fuer de soldados, por tanto, de la dignidad humana y del interes material de los seres inferiores, vamos á delatar y á herir con la publicidad, algunos hechos escandalosos que han ocurrido en Ceuta, plaza en que la aficion taurina se halla desarrollada en un grado, sólo digno del pueblo que se extiende por las vertientes del Atlas.

No hace mucho tiempo que á un pobre toro, de los que tienen la costumbre de chulear, herir y maltratar por las calles, (sin duda para pagar de antemano el servicio de alimentarlos y de fortalecerlos para tanta barbarie, que al día siguiente va el animal á prestarles con su vida y con sus carnes), rompiéronle un cuerno. Ni el espectáculo del asta rota, ni la gran cantidad de sangre que vertía de la herida y con que encharcaba el suelo, ni los ruidos de dolor del desgraciado animal tan bárbaramente lastimado, ni el desfallecimiento que el exceso de injurias, más que la falta de sangre, le producian á cada instante, pudieron amortiguar el ansia de juego y de broma de aquellos corazones, embriagados por el placer hasta la ceguedad del salvajismo.

El animal más iracundo, no llega en los momentos de exasperacion de sus instintos, al extravío en que las brutales pasiones colocan al *rey de la creacion*. La funcion continuó como si tan divertida fuera para la víctima como para los verdugos; el desgraciado toro fué arrastrado de una en otra calle, más aturrido por los desaforados gritos de los desalmados, que por las hondas pulsaciones de sus tormentos, hasta que al fin, rendido por el poder de la agonía, llegó al matadero, lugar de su redencion y punto de su venganza. Allí la muerte le robó á la crueldad, dejando burladas las vergonzosas esperanzas de los toreadores insaciables.

Mas otro día, poco despues, la misma exhuberancia de brutalidad, fracturó una pata de la res destinada al popular divertimento; si este daño hubiera librado al animal de la *inhumanidad humana*, habria podido decirse que el mismo lujo de barbarie dejaba castigado su delito, con la impotencia de consumarle por entónces con todo el séquito acostumbrado de repugnantes detalles é ignominiosas peripecias. Mas no fué así, en cuanto era posible: el animal no podía embestir; arrastraba aquel miembro roto, del que cada movimiento le costaba un ruido, y bien pronto echóse al suelo; entónces con toda la rabia de la esperanza burlada y del desengaño provocado, los valerosos toreado-

res, que desgraciadamente no tenían rotas sus piernas, saltaron sobre él, le magullaron, le encolerizaron, le hicieron poner en pié cien veces, olvidado del dolor físico, con el poder de las ofensas, y por último, luego que le vieron decidido á no levantarse é impedido de ir hasta el degolladero, allí mismo los matarifes se lanzaron sobre él y le dieron muerte. Aquel daño era el más leve: la roja sangre del animal salió á torrentes, no ya por las heridas, sino por la boca, porque le habían degollado, y el pueblo debió quedar satisfecho al ver enrojecidas las calles por donde la honradez camina al trabajo y la virtud á la práctica de los deberes.

A principios del mes pasado, uno de estos toros llegó á coger á un infeliz artillero: traidora fué la herida, como traidoras eran las provocaciones; de modo que el militar, destinado á caer roto el pecho en la batalla, invocando al espirar los venerandos nombres de patria y libertad, pudo sucumbir allí de vergonzosa manera y con estéril muerte, sin valor quizás para mostrar la herida, en tal sitio se halla, ni el consuelo de ser la heroica victima del deber y del honor. Por fortuna, su incidente le condenará tan sólo á dos ó más meses de cama; y no será fácil que pueda colocarse ninguna condecoracion sobre la cicatriz, ni aun que guste de narrar la gloriosa ocasion en que la ha recibido.

Hé aquí las enseñanzas que se permiten al pueblo, los pasatiempos inocentes que amenizan la holganza del soldado, y la ocupacion dada á los ocios populares y á la bravura militar. Sin duda esta es educacion para el valor y aliciente para el espíritu varonil y esforzado de los españoles; mas habrá que renegar de un sistema que hace valientes á costa de la brutalidad de unos, de las desgracias de otros y de la vergüenza de todos.

En resumen, sólo hay aquí unos pobres toros envenenados por el sufrimiento ántes de morir, y que van á llevar al fondo de los pucheros de que comen niños y enfermos, caldos poco nutritivos, cuando no tóxicos mortíferos: unos cuantos hombres, obcecados por la rudeza de las costumbres, y que son valerosos con toros que tienen rotos los cuernos ó quebradas las patas, y un militar español, espejo turgente del pundonor y la fiereza pátrios, herido en mala parte y ocultando su vergüenza (mas vale creerlo así) bajo la tosca manta de un lecho del hospital.

Poco es esto para España; pero nos parece bastante para Ceuta. ¡Cuánto sentimos que las autoridades españolas de aquella

plaza, no aprecien estos hechos de la misma manera que nosotros! Ellas, y esos infelices, y España entera, ganarían mucho, sin embargo, con la gran solución dada á problema tan pequeño.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

¿TENDRIA SANA LA RAZON?

Al crear Dios al hombre, tambien creó,
para uso de este, á los animales.

De ahí, que todo abuso contra estos, es, más bien que una falta, un verdadero crimen

(R. DE P. POR M. S. P.)

Sí la ignorancia guía á los más crasos errores, el fanatismo conduce á la locura.

Si el fanatismo se consigue por la ignorancia, esta es su primordial medida.

Efecto y causa.

Medios iguales, conducentes á un fin dado, porque este indica aquellos.

¿Y este fin?

¡La decrepitud más vergonzosa de la razón!!

Aun cuando nuestro objeto no es escribir sobre el estado intelectual de nuestra población rural, la pluma se desliza á tales consideraciones, para deducir, como principio inconcuso, que:

«La educación primaria, es la palanca del progreso.»

El hecho verídico que vamos á exponer, confirma más y mejor aquellos principios.

Y decimos verídico, porque no sólo lo oímos á una persona, sino á varias; y de algunas, que por su posición social nos merecen entero crédito, tomamos notas, reduciéndose la narración á lo siguiente:

«Cierta labrador, de un pueblo cercano al de donde escribimos estas líneas, tenía una hermosa pollina, cosa suficiente para que, más de una vez, se le presentase ventajosa ocasión de venderla; su dueño, jamás quiso deshacerse del precioso animal; ántes bien, cuidábalo con esmero y hasta pródigamente, y tanto, que difícil sería hallar en el país otro de iguales formas y lustroso pelo.

Sucedió, que la hermosa y codiciada pollina, tuvo su hora de decadencia.

Enfermó; razon por la cual, las fuerzas se le agotaron paulatinamente y de día en día enflaquecían sus miembros.

Hasta aquí, todo es natural, todo lógico: sígase leyendo y se hallará en estos renglones lo que muchos jamás han visto ni quizás oído.

Al ver el dueño enferma la pollina, ¿quién duda no buscase albeitar ó persona inteligente para conocer las causas de la enfermedad? Y quién no cree que hiciese algun remedio para cortarla? Seguramente nadie, y sin embargo, nada de esto hizo nuestro protagonista.

Su fanatismo religioso le hizo olvidar las cosas humanas: solamente pensando en las divinas, colgó al cuello de la jumenta un sin número de amuletos y cosas benditas, amen de conjurarle el supuesto diablo introducido en el cuerpo de la bestia, previa lectura del Evangelio de S. Juan; y con la mejor intencion y buena fé, la ofreció á muchos santos para que prontamente se la sanasen, por cuyo favor prometía regalos. (?)

Sin duda no gustó á los favorecidos santos tal presente, y quizá llevasen á mal la «*inocentada*» del fanático labrador, por la profanacion de las cosas que merecen mayor respeto, puesto que hicieron oídos de mercader, y la enferma pollina no se puso buena.

Un día—debía crecer la luna—levantóse nuestro héroe de un humor de mil diablos, dirigiéndose á casa de un respetable señor del lugar,—con quien sostuvo una conversación de que estamos ignorantes,—pero lo que si sabemos es, que con igual, sino peor humor, regresó á su casa, en donde, por un quitame allá esas pajas, regañaba con todo el mundo, contestando á cualquier cosa, pegase ó no, «*un mal ojo vió á mi burra; sin duda tiene la envidia en el cuerpo, y á la envidia hay que quemarla, para que no se me quede en casa.*»

Por supuesto, esto lo parlaba en gallego y si alguno tenía el mal gusto de contradecirle, ó por buenas hacerle entrar en razon, él contestaba con palabras muy mal sonantes á la *cultura*, é interjecciones que, por lo fuertes, no las escribe el *Diccionario* infalible de la R. A. Española.

Después de haber comido con intranquilidad, que se notaba en lo agitado de su espíritu, que sin duda luchaba entre la razon

y el fanatismo, salió vencedor este; pues de pronto, cual máquina movida por ágil resorte, entró precipitadamente en la caballeriza, ató por el cuello, con una gruesa cuerda, la primera que halló á manos, al paciente animal, sacándolo, con presuroso paso, á un sifio algo apartado de la casa.

En un abrir y cerrar de ojos, como vulgarmente se dice, clavó una larga estaca en el suelo y ató á ella fuertemente á la infeliz pollina, que dócilmente se dejaba maniatar ajena á la triste suerte que le esperaba.

Luego, con extraño aceleramiento, reunió al rededor de la víctima, porcion de tojo, retamas y demas leña seca, á la que prendió fuego.... hizo un é asnal auto de fé.

A los chasquidos de las llamas y tristes quejidos del abrasado animalito, hacía coro funerario la broncea voz del moderno Nerón; con la diferencia de que en lugar de un lírico poema, esclamaba, con descompasados berridos: *«Arde maldita envidia, abrádate, si, que el diablo cargue contigo, por que no me entrarás ya más en mi casa, ni tocarás á mi hacienda.»*

Ahora, ilustrado lector, enterado del suceso acaecido, como cosa de hace mes y medio, y justamente indignado contra el malvado victimario, ¿querrás decirme, si tan perverso hombre, poseido de un fanatismo á toda prueba, *«tendría sana la razon,»* al consumir, sin duda por mal consejo, tan réprobo auto..?

ROQUE GOY Y PRADO.
Socio corresponsal.

Naron (Coruña) 23 de Noviembre de 1877.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

(CONTINUACION Y FIN DE LA POLÉMICA.)

Sr. D. Eduardo Thnillier:

Muy señor mio: Pasando por alto ciertas palabras impropias de quien aspira á una discusion levantada y digna, veré de impugnar su último escrito; y empiezo por enumerar los bienes que reportan las corridas de toros. Producen á los dueños de los circos taurinos una renta proporcionada al crecido capital que invirtieron en su construccion. Perteneciendo gran número de plazas á institutos benéficos, coadyuvan al laudable fin de allegar recursos para los desvalidos.

Constituyen el modo de vivir de multitud de toreros, que, dedicados

exclusivamente á este arte, no sabrían como ganar su sustento si se suprimieran las corridas.

Proporcionan trabajo y pan á albañiles, carpinteros, herreros, picapedreros, mozos de plaza, expendedores de billetes, mulilleros, pastores que conducen el ganado, impresores, sastres, bordadoras y otros muchos artistas y artesanos que sería prolijo enumerar.

Ofrecen ganancias á las empresas de ferro-carriles, diligencias, ómnibus, etc.

Usted, que vive en el Puerto, ciudad que conozeo, sabe como yo el crecido número de viajeros que conducen á esa los trenes extraordinarios que se establecen los días de toros, y no sólo trenes, sino también vapores, lanchas y calesas, procedentes de Cádiz, San Fernando y otros puntos.

Contribuyen con los impuestos que pagan al Erario al sostenimiento de las cargas públicas.

Acrecientan de una manera notable el valor de las reses bravas, que de otro modo se venderían tan sólo por su valor intrínseco.

Otros muchos beneficios podría citar: pero bastan los expuestos, para que Vd. se fije en ellos con entera imparcialidad.

Las dehesas para pastos son utilísimas y productivas, y apelo al testimonio de los entendidos en agricultura; los toros vendidos para las corridas, dan mayor ganancia que si aquellos terrenos estuviesen cultivados. Si así no fuera, los ganaderos, que atienden más—como es justo—á su interés privado que al fomento de las corridas, obrarían de otro modo.

Dejo á Vd. demostrado que los beneficios son reales, verdaderos y efectivos.

Los espectáculos que Vd. llama verdaderamente cultos, en nada son perjudicados por las corridas.

El que, por ejemplo, sea aficionado á la escena, no dejará de serlo por los toros, ni á los autores dramáticos se les agotará la vena, por asistir á una corrida. En la plaza de Madrid veo de continuo literatos de primer orden, que con su asistencia no interrumpida, demuestran su afición á estas fiestas. El insigne Moratin, tan celebrado por su ingenio y vis cómica, demostró su amor á las fiestas de toros, ora escribiendo aquellas famosas quintillas, que comienzan

"Madrid, castillo famoso"

ya dirigiendo al príncipe de Pignatelli una notable carta sobre el mismo asunto.

Como que las corridas no afectan al decoro y á las buenas costumbres, no pueden, no deben llamarse, no son inmorales.

Allí no se excita ningún sentimiento lascivo, como en una zarzuela bufa, allí no hay exposicion de *formas bellas*, allí no hay chistes picarescos, escenas escandalosas; y no habrá persona, por mística que afecte ser, que crea haber ofendido á Dios por el espectáculo, en sí, de una corrida. Por otra parte, allí van, en Madrid como fuera de Madrid, familias timo-

ratas, personas de la moral más rígida, y dudo que se confiesen al pié de un ministro de Dios del horrible pecado de ir á los toros.

¿No comprende el Sr. Thuillier que de ser inmoral tal espectáculo, serían inmorales cuantas personas van hoy, mañana y pasado, con sobrado conocimiento de causa? ¿No ve en las plazas de toros, en alegre confusion reunidos, desde el jefe del Estado hasta el más humilde menestral? Desde el poderoso magnate, hasta la más mística y pudorosa doncella?

La influencia de las corridas sobre las costumbres, es completamente imaginaria.

Consulte Vd. la estadística criminal y no encontrará á España en primer término. Seguramente. Y sin embargo, España tan sólo conserva tal espectáculo.

Es imaginaria tambien la pretendida decadencia de los pueblos por las corridas.

Las había en España cuando esta nacion dictaba leyes al mundo, cuando el sol jamás se ponía en sus dominios: habíalas igualmente cuando brillaban en el siglo de oro de nuestra literatura los nombres de Calderon, de Lope y de Tirso.

¿Pretenderá Vd. acaso demostrar que nuestro decaimiento social y literario, es debido á la influencia de las corridas?

¿Qué no soy autoridad para dictar mi anatema sobre las sociedades protectoras!

La misma que reconozco en Vd. para anatematizar las corridas de toros.

Un *tourista* que atraviesa mares procelosos y se expone en América y otros puntos á enfermedades mortales sin necesidad, merece la reprobacion de Vd., como tambien el funámbulo, el gimnasta, el domador de fieras, el cazador de reses mayores y otros mil, que sin precision manifiesta, exponen más ó ménos su vida.

¡Adelantada estaría la sociedad si tuviera por norma tal conducta! Concluiríamos todos por meternos á frailes, y allí, libres de todo temor, repartiríamos las horas entre el coro y el refectorio.

Como la muerte de un torero no es condicion *sine qua non* para estas fiestas, es sofístico el decir que se compra con sangre el pan para los desvalidos; la asercion sería exacta si supiéramos de fijo que había de perecer un hombre, y sabido es que este peligro es muy remoto, como lo demuestran los números, con los cuales no hay discusion.

Mi deseo de contestar á cuantos puntos Vd. toca, me hace difuso; y temo abusar de la indulgencia del señor director y lectores de *El Cascabel*.

Concluyo, pues, por hoy, diciéndole que nada tiene que ver mi nombre con la cuestion que debatimos, que me sorprende su injustificada curiosidad, que si algun día se hiciese necesario el descubrir mi modesto nombre, lo haría desde luego y sin ambages, y que no temo que me erijan estátuas, ni la humanidad obligada, ni los *caballos agradecidos*, puesto

que no soy defensor de estos últimos animalitos, que estan (los que van á la plaza) deseando morir para descansar.

Es de Vd. atento y seguro servidor,

SAN... RAFAEL."

Madrid 19 de Setiembre.

Sr. San Rafael:

Muy señor mio: Me place en estas mis últimas líneas sobre las tau-rinas fiestas, poder dirigirme á usted, y más, mucho más quisiera poder hacerlo á su nombre, no al del santo que Vd. hace suyo. Respeto su deseo, y nada digo; mas mi curiosidad, que así la llama, era justa, ya que deseaba conocer la persona con quien tenía el honor de terciar en el debate sostenido.

Y que estas líneas son las postreras, puede haberlo comprendido ya, atendiendo á la indicacion que apareció en este periódico, casi á continuacion de su artículo último.

Usted sostiene su bandera, yo la mia: debo, para terminar, declarar mi opinion sobre las razones ó tesis que sienta en su carta inserta en el número 33 de este ilustrado periódico.

Para mí es de muy poco valer que el propietario de una plaza saque una renta buena ó mala: es este un beneficio particular, no general, y por tanto no merece ser considerado.

Lo mismo digo respecto á los recursos que puedan producir esos espectáculos á los establecimientos de beneficencia. Son tantos los beneficios que he visto no han dado resultado alguno positivo, son tantas las veces que he podido considerar en esta tierra, patria de los toros, que los pobres llevaban una pequeña parte de lo que venia á ser ingreso general—porque los gastos consumían casi la totalidad—que yo me he reido de esos bienes que se hacen en grande, para que luego aparezcan imperceptibles. El que dá unas pesetas para una corrida de toros, puede cederlas para los pobres: si la caridad necesita entre nosotros de esas fiestas, hay que confesar que la caridad no existe en nuestros corazones.

Y si esos argumentos no tienen importancia efectiva, no debe corresponder una muy grande al que Vd. expone despues, y que me recuerda lo que pasaba por esta tierra de María Santísima cuando la locomotora vino á cruzar por vez primera nuestras campiñas. Lamentábanse entónces los ignorantes de que el ferro-carril mataría los otros medios de conduccion, y suponían que los caleseros, cocheros y otras gentes, habian de morir de hambre. No tengo que decir á Vd. si eran justos los temores que aquí abrigaban; y no hay para qué decir que los toreros y demás individuos que lucran y viven de los toros, tienen ante sí el trabajo en sus distintas fases, y podrían vivir, si no en tanta holganza, al

ménos con tanto regalo, si suerte tenían en la profesion que adquirieran, fuera ésta la que pudiera ser.

Es verdad que las corridas de toros proporcionan trabajo á los menestrales y artistas, como tambien que ofrecen ganancias á las empresas de ferro-carriles, y contribuyen á sostener las cargas públicas; mas aunque así sea, no resulta de todo ello un beneficio á la nacion que no pudiera ser fácilmente sustituido. Las férias, veladas, fiestas y regocijos de todas clases, dan pan á los trabajadores y empleados que para efectuarlas se necesitan; esas mismas fiestas promueven el movimiento de viajeros; y por lo tanto, si los sangrientos espectáculos, que Vd. llamaba brillantes fiestas nacionales, fueran sustituidos por fiestas de paz y de cultura, nada ni nadie podría verse perjudicado.

En cuanto á las contribuciones que se satisfacen por esas *luchas*, no son más que las que ellas mismas evitan que se paguen con los perjuicios que ocasionan á la agricultura, base segura de riqueza y bienestar para todas las naciones y muy particularmente para nuestra patria.

Las reses bravas alcanzan un valor subido: lo sé y lo saben conmigo todos los españoles que comen malas carnes, que pagan caras, gracias á que dehesas riquísimas y que podrían alimentar gran número de cabezas de ganado, son destinadas á un pequeño número de toros, que han de criarse en condiciones particulares para que sean feroces en la lidia y maten muchos caballos. Nadie puede desconocer la utilidad de las dehesas destinadas á pastos; pero no se trata de eso, pues es el caso que aquí, en nuestra hermosa Andalucía, se crían pocos toros bravos, donde podrían hallar abundante pasto muchas vacas y bueyes, que son destinados á otras mas pobres dehesas, porque sus carnes no darán un valor tan alto como dará el toro de casta. Para los españoles vale más tener toros hermosos que ver lidiar, que reses sanas y gordas que destinar á su alimento: tal, al ménos, se debe comprender y aun deducir de la marcha generalmente seguida. El placer bárbaro y cruel vale más, por desgracia, que la buena alimentacion.

Creo, pues, estimado señor, que los beneficios que menciona, ó no lo son, ó vienen á ser verdaderos males, notables perjuicios. Y aunque Moratin amara los toros y aunque los ame y á ellos asista España entera—que no es así, por fortuna—seguiré creyendo lo mismo.

Son inmorales las corridas de toros, y lo expresaba claramente en mi anterior artículo. Usted considera inmoral sólo lo que ataca al pudor, al decoro; yo llamo inmoral, en el verdadero concepto que ha de darse á la palabra, á todo lo que es contrario á los sublimes principios del bien. Son inmorales—no lo niego—esas representaciones, no estéticas, que hoy se dan en nuestros teatros; lo son bajo otro concepto, y con una tan terrible influencia, las taurinas fiestas que Vd. defiende. Y aunque nadie tenga que confesarse del horrible pecado de asistir á esos espectáculos,

serán contrarios al bien. No sólo el pecado está vedado al hombre; hay actos que no lo son y que no debe hacer.

¿Acaso Vd. no lo reconoce así?

No importa que vayan todos á los toros; no importa que todos asistan: al asistir, se hacen solidarios de esos actos que no son buenos, ni dignos, ni filantrópicos: además, que las desgracias que ocurren en las lidias, no son tan eventuales como Vd. supone; á cada momento acontecen, como consecuencia natural de ellas. El que va á esos espectáculos, asiste expuesto á ver la muerte de un semejante suyo: y si tal pasa, se hace en cierto modo solidario de su muerte, ya que esta no tendría lugar, si el público no hubiera, por absoluta unanimidad, asistido á la plaza. Tal es, al ménos, mi pobre pero firmísima opinion.

Podría citar á Vd. el reinado de Fernando VII, en que los toros llegaron á su más notable apogeo, y la patria á su completa ruina: podría igualmente indicar el reinado de la primera Isabel, en que España fué gran te con una reina que aborrecía esas fiestas, *que le causaban horror*: podría á Vd. decir que Alfonso el Sábio denigraba en sus Partidas á los que se dedicaban por lucro á esas lidias; no creo faltar á la verdad diciéndole, que esas luchas están prohibidas, ó poco ménos, en la Novísima Recopilacion; y que no han faltado papas, como San Pio V, que las prohíbe, Gregorio XIII y Clemente VIII, que les pusieran impedimentos.

Y para terminar, las ocupaciones que, sin un bien directo para la sociedad ó para la patria, predisponen á una muerte desastrosa, deben ser reprobadas: sin que por eso sea necesario ser fraile, ni cosa semejante; pues lejos del coro y del refectorio, encuentra el hombre benéfico y humanitario el campo de su actividad, no egoísta ni interesado, sino libre, fecundo en bienes sin cuento para la humanidad entera, llevando por lema en su bandera el bien y la justicia, y por guía único la propia conciencia: así la sociedad será grande y la humanidad marchará por el camino del progreso, senda donde no cabe el mal en ninguno de sus aspectos, donde no pueden encontrarse las corridas de toros.

Queda, ante el deseo del director de *El Cascabel*, terminado por mí este debate, dejando plantada mi bandera en el seguro y firmísimo baluarte del bien, que la defiende: Vd. se servirá concederme el honor de admitir como no dicha la más pequeña é insignificante palabra que haya podido herirle en lo más mínimo, y en ello me causará placer muy grande.

Satisfaccion notable hubiera sido para mí haber merecido de Vd. la distincion de que revelara su nombre, pues así hubiera podido saber á quien podía realmente ofrecer, como lo hago aquí á Vd., el testimonio de la más distinguida consideracion, con que queda á sus órdenes, atento servidor Q. B. S. M.

EDUARDO THUILLIER."

Puerto de Santa Maria, Setiembre 20.

DENTISTERIA VETERINARIA.

El título de estas líneas sorprenderá indudablemente á muchos de nuestros lectores, que no siguen paso á paso los adelantos de la ciencia y de las artes, en estos días en que el progreso se realiza á grandes saltos.

Hasta aquí, sólo al hombre le era dado disfrutar del privilegio de corregir los defectos de su dentadura, perfeccionándola, mejorándola, curando las partes enfermas, y reemplazando las piezas dañadas, ó renovando por completo todo el aparato de masticación, tan perfectamente, que el ojo más avisado apenas puede descubrir la obra de arte.

Segun hemos visto en una revista inglesa, hace tiempo que los veterinarios se ocupaban mucho de la influencia de la dentadura del ganado mayor, particularmente de los caballos, no sólo en su salud, sino en su modo de ser, y sobre todo en su docilidad; pero hasta ahora no se habia presentado al público ningun facultativo titulándose *especialista*, y llamándose profesionalmente *dentista de caballos*. Este hombre es el Dr. C. D. House, verdadera maravilla en su arte, y del cual se ocupa con grandes elogios la prensa de los Estados-Unidos, y como todo ejemplo que da por resultado considerables ganancias, encuentra indudablemente imitadores; ya han aparecido en Inglaterra y Francia otros *dentistas de caballos*.

Los dolores de muelas, dice el doctor House, son más frecuentes en los caballos, de lo que generalmente se cree; y la causa de ese mal, que tanto influye en ese ganado, no tiene otro origen que la mala calidad de los frenos que en ellos se emplean, los cuales rompen ó gastan las muelas, forman caries que ponen en descubierto al nervio, y el menor rozamiento los exaspera; de aquí el desbocarse tan á menudo los caballos; su enflaquecimiento por no poder comer, y las enfermedades que en ellos produce el tragar los alimentos sin la suficiente masticación.

No hace muchos días, dice la Revista que tenemos delante, que el famoso caballo *Sócrates*, que tantos premios ha ganado en las corridas, en un ataque de rabia tiró un fuerte mordisco al jefe de las caballerizas en Treston, M. Smith, poniendo su vida en grave riesgo.

En la imposibilidad de aquietar al cuadrúpedo, llamóse al célebre veterinario M. House, y sin titubear un momento, con sólo ver la actitud del caballo, diagnosticó la enfermedad con el mayor aplomo: el animal tenía *dolor de muelas*.

La concurrencia era grande; se trataba de un caballo de gran celebridad, y los aficionados á las populares y lucrativas carreras, estaban muy preocupados é interesados en la salud del siempre victorioso campeón.

Con asombro de todos, M. House se acercó á *Sócrates* muy dulcemente, y cual si fuese uno de esos domesticadores de serpientes de la India, extendió sobre la cabeza de la bestia ambas manos, y el animal le miró como asombrado; despues de acariciarlo un momento, seguro de lo que hacía, y sin temor de ninguna especie, le abrió la boca, introdujo en ella la mano derecha, le examinó la dentadura, y anunció que tenía tres muelas muy careadas y que era necesario *empastárselas*, ni más ni ménos que si se tratase de las muelas de un banquero, ó de un senador de la república modelo; presente el dueño de tan valioso animal, suplicó al *dentista* que procediese á la operacion, y un momento despues el ayudante de M. House entraba en el lujoso establo con la caja de instrumentos. La curiosidad de los presentes era grande.

M. House sacó el caballo al patio, cual si fuese un cordero.

—Ya sabe él que voy á curarlo—dijo el doctor.—Los caballos son muy inteligentes; más que los hombres.

El ayudante sostuvo la cabeza de *Sócrates*, mientras que el doctor hacía ver á la concurrencia las muelas careadas.

¿Quieren Vds. ver si es cierto lo que digo? Verán ustedes.

M. House tomó una paja del suelo, abrió nuevamente la boca al caballo, y poniéndose en guardia, introdujo una de las puntas en la picadura de la muela hasta tocar el nervio, y lastimado el caballo se enfureció, y fué necesario un rato de frases y caricias, para aquietarle nuevamente.

Mucho habríamos de escribir, si pretendiésemos hacer una exacta descripcion de los instrumentos que usa M. House en su especialidad, ó describir la manera fácil y rápida con que extrajo una de las muelas al caballo, y le empastó dos con hojas finísimas de plomo.

Terminada la operacion, sacudió *Sócrates* majestuosamente la cabeza, y, estirando el cuello, se puso á lamer las manos de su dentista.

Un momento despues, le trajo uno de los vecinos un caballo ya viejo, de catorce años, el cual no hacía caso del pienso y estaba siempre triste y mústio.—M. House lo examinó, y dijo que tenía una muela rota en cada lado de la mandíbula inferior, y que las puntas le habían ulcerado interiormente los lábios: el público se convenció de ello. Había dos cosas que hacer, dijo el doctor; arrancar una de las muelas que estaba ya inservible, y limar la otra: ambas operaciones se hicieron en el acto, y concluidas estas, dispuso el doctor que se diese un buen pienso al caballo, en presencia del público: al principio tomó muy pocos granos y los masticó lentamente, cual si temiera lastimarse; pero acto continuo se lanzó á la cebada, y la devoró en un instante: el público, ante una prueba tan convincente y rápida, aplaudió frenéticamente.

Encontrábase entre los concurrentes otro célebre poseedor

de caballos de alto precio, destinados á las carreras, y entrando en conversacion con M. House, le hizo dar algunas explicaciones al creador de la *dentisteria veterinaria*.

—Mi profesion, dijo M. House, es la de veterinario, carrera que emprendí y he seguido con gran aficion y entusiasmo.—Todos los animales me interesan sobre manera.—En ellos veo seres que sienten y piensan, que tienen aspiraciones y deseos, que sufren y gozan; son *nuestros hermanos mudos*: más inteligentes que ellos, los hemos subyugado y puesto á nuestro servicio: ménos fuertes que el toro y el caballo, inmensamente más débiles que una ballena, arrancamos á ésta del seno de los mares, subyugamos á aquellos para utilizar sus fuerzas en nuestro provecho.—El hombre es injusto con los demás seres sus compañeros en la creacion; y yo, que siento por ellos grande lástima, me he dedicado á hacerles el bien que puedo; el caballo, que es el mejor compañero del hombre, me es muy simpático y he logrado entenderme con él perfectamente.

Hace muy pocos días, añadió el doctor, que descendía por *Broadway*, y vi que un carretero se esforzaba en vano en contener un caballo que daba grandes botes, mientras que su dueño juraba como un loco asido de las riendas: el caballo tenía delante una cuba de agua.

—¿Qué sucede? le pregunté tranquilamente al carretero.

—¿Qué ha de suceder? Que este demonio de caballo se me vuelve loco cada vez que le doy de beber.

—Algo tendrá, le contesté.

—¡Qué ha de tener, señor! es ya una costumbre que ha tomado, y no hay quien se la quite.

Me acerqué al animal, le examiné la dentadura y, como estaba cerca de mi establecimiento, le supliqué me siguiera; hizolo así, le empasté una muela que tenía careada, con gran asombro del carretero, y su mal consistía en que el agua fría le lastimaba el nervio; acto continuo acerqué el caballo al pilon, donde bebió tranquilamente, y desde que se le empastó la muela, no ha vuelto á tener novedad, segun me ha dicho su dueño, que al encontrarme por la calle, me da siempre las gracias sonriéndose.

Puedo asegurar á ustedes, añadió Mr. House, que no hay animal ni más noble, ni más dócil que el caballo —Más puedo decir: *no hay caballos viciosos*; y así declaro, que yo, que he adquirido gran fama como domador de caballos, no he hecho otra cosa con ellos que dejarlos en completa libertad, estudiarles el cuerpo detenidamente, y siempre he descubierto alguna configuracion especial, algo en la boca, en la cola, en el vientre ó en la espalda del animal, que hace necesaria la modificacion de la silla, de las cinchas ó del freno: no es posible que un mismo freno sirva para todos los caballos, y mucho ménos una misma silla, como no sirve á todos los hombres un mismo frac, ó á todas las señoras un mismo corsé.—Un ser racional por decoro,

por presuncion ó por miramientos, sufre con paciencia que le apriete una bota, le moleste una costura, ó le oprima demasiado un corsé; pero los seres irracionales, que no tienen estos miramientos, se descomponen y se irritan cuando les molesta algo; así es, *que la culpa es nuestra*, porque no nos tomamos el trabajo de descubrir la causa de lo que les lastima ó molesta.

He dicho ántes, que me entiendo perfectamente con los caballos, y no deben ustedes extrañarlo.—Los médicos especialistas de niños, y las madres que han tenido muchos hijos, adivinan las enfermedades de sus hijos: la manera de llorar un niño, sus movimientos, sus gestos, indican claramente al médico especialista de niños, ó á la hermana de la caridad que ha pasado su vida en los hospitales de niños, *donde tiene* el dolor, y casi nunca se equivocan. Yo paso por la calle y puedo decir, entre mil caballos que veo, cuales están perfectamente bien, y cuales sufren de algo. Puedo decir más; con observar su mirada, con sólo ver su posicion, por infinidad de detalles, descubro lo que tienen, y muy rara vez me equivoco. Dadme el caballo más descompuesto, dejadme diez minutos con él, y respondo de que nos vereis juntos acariciándonos mutuamente como los dos mejores amigos.

La revista que extractamos dice, que el establecimiento de M. House se vé lleno diariamente de pacientes, y los ayudantes del ya célebre doctor, no paran en su trabajo de extraer muelas, limar, empastar y aun colocar piezas postizas en las dentaduras de los caballos.

El número de los caballos indómitos que se presentan diariamente al doctor, es increíble: M. House hace que los ensillen y arreglen con las sillas y frenos de costumbre, y á veces, con sólo alargar ó recoger una correa, deja al caballo tranquilo. Y es lo mejor del caso que M. House no hace un misterio de su habilidad; en cada caso hace su explicacion y su demostracion, pero como no hay dos casos iguales, sólo M. House sabe poner el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

(De *El Pabellon Nacional*.)

La Junta Directiva de la SOCIEDAD PROTECTORA GADITANA, saluda afectuosamente á sus consocios y amigos, y les desea un nuevo año feliz y próspero.